

González Obregón revisitado

Marcela Dávalos

José Joaquín Blanco y Jorge Olvera (selección y prólogo), *Luis González Obregón*, México, Cal y Arena, 2004.

Luis González Obregón ha sido escasamente citado. Sus trabajos, no siempre explícitamente, se han ubicado en la frontera de la literatura y la historia, motivo por el que este autor ha sido tachado de falto de precisión o de insuficiencia de estilo: en antologías literarias lo hallamos en textos de críticos como Julio Jiménez Rueda o bien en estudios recientes como el de Christopher Domínguez. En historiografía lo evocan Luis González, Gurría Lacroix o Alejandra Moreno Toscano. ¿Qué es lo que representa González Obregón que ha sido tantas veces innoblemente señalado? ¿Por qué algunos historiadores lo han tomado con reservas, criticando su falta de objetividad, tal como lo aclaran José Joaquín Blanco y Jorge Olvera en la edición que ahora nos ofrecen? Paradójicamente, su obra no ha dejado de reeditarse una y otra vez desde que en 1891 fueron reunidos en un volumen impreso una serie de artículos publicados en *El Nacional* con el título de *México viejo*.

¿A qué se debe que sus textos —y me referiré aquí solamente a dos— *De México viejo* y *De las calles de México* han sido una y otra vez impresos? Reeditado en 1895, 1911, 1943, 1983, 1991 y ahora en la edición del 2004, este

texto ha sido considerado un clásico, término que no debiéramos tomar a la ligera si reparamos en las elaboradas discusiones en torno al acto de narrar, que han llevado a reconsiderar la poca inocencia existente entre el autor y sus lectores. Para quienes al hacer historia pretenden revivir hechos sucedidos del pasado, los compendios de González Obregón tienden a la literatura, en tanto que quienes consideran que la historia es la construcción de una trama, se preguntan sobre la “irrealidad de la ficción” o la supuesta “realidad del pasado”. Los historiadores-autores narran y sus lectores elaboran el sentido. Así, si pudiésemos responder quién fue el público lector de González Obregón, y cómo ha recibido la obra a lo largo de cien años, tendríamos una pista para revelar a qué se han debido las numerosas reediciones de su obra y cómo es que se convirtió en lectura obligada. De entrada los textos de González Obregón son clásicos en tanto han sido permanentemente actualizados por sus lectores. Trataré de explicar esto restringiéndome a la parte de la obra que el autor dedica a la ciudad de México.

Algunos elementos rastreados alrededor de sus escritos provienen de prosistas que van de la generación de Jiménez Rueda a José Luis Martínez,¹ quienes lo han acerca-

¹ José Luis Martínez, *Literatura mexicana. Siglo xx (1910-1949)*, 1a. parte, Antigua Librería Robredo, México, 1949, pp. 18-19.

do al llamado movimiento colonialista que reaccionó a la angustia provocada por la Revolución. En varias páginas lo asemejan a esa corriente por haber concentrado su mirada en los conventos e iglesias coloniales; en la descripción de las viejas calles, plazas, acequias y puentes o en la narración de viejas leyendas sucedidas en el entorno de aquella urbe premoderna. Cabe hacer mención, para quienes no somos especialistas en crítica literaria, de algunos de los adjetivos peyorativos con que ha sido calificada esa escuela colonialista:

los jóvenes colonialistas saquean leyendas pero para imponer tramas truculentos y juegan con el lenguaje hasta la impostura que genera parodias verbales [...] en sus relatos hay las páginas memorables y las chabacanas, una insólita búsqueda de espacio literario e insoportables arrebatos de pseudo-casticismo y ñoñería edulcorada —dice Christopher Domínguez.

A esa escritura se le ha calificado de escapista, de arcaizante, de humor conventual, producto de burgueses bien peinados, etcétera, además de “proclamadora de una tradición autoconsagratoria”, es decir, se le ha calificado de hacerse aparecer como representante de la literatura nacional. Y si los críticos literarios son quienes se han atribuido la libertad de emitir estos juicios, los historiadores lo han criticado por carecer de solidez

referencial. El sitio desde el que se producen ambas críticas no es el mismo: el primero proviene de una estética literaria y el segundo de un quehacer historiográfico que se pretende objetivo. De modo que González Obregón, a pesar de que fue expulsado del espacio literario moderno y de la historia científicista, se ha erigido como un clásico. Más adelante volveremos a esto. Quisiera detenerme en quienes examinan desde la calidad de la locución de los enunciados. Creo que su obra no ha sido explicada dentro de la sensibilidad en que fue creada y, mucho menos comprendidas sus lecturas posteriores. Sus escritos responden a preguntas previas y al tiempo son fuente de nuevas interrogaciones.

Si nos referimos a la literatura escrita a lo largo del siglo XIX sobre la capital, queda claro que los textos de González Obregón no se separan de la prosa de madame Calderón, ni de la de Guillermo Prieto, como tampoco de la de Altamirano, la de Artemio de Valle-Arizpe o la de José María Marroquí. En todos ellos —y me gustaría poder añadir a Lizardi dentro de esta continuidad historiográfica—, la ciudad dialoga con las transformaciones de su paisaje, con las costumbres heredadas o con los hábitos transmitidos. Se trata de una forma narrativa de larga duración que aborda el repaso continuo de una urbe que desliza su sentido tradicional, preguntándose sobre su ser religioso, sobre las tradiciones antiguas, sobre su arquitectura y fisonomía, desde una historia considerada como arte. En esa literatura la frontera entre lo histórico y lo literario se deslava porque para esos autores la épica era una forma de narrativa que retomaba elementos de la retórica grecolatina. Así pos-

tulamos la idea de que la obra de González Obregón proviene de una tradición de larga duración que comenzó a transformarse hasta finales del siglo XIX. Y aun cuando los textos de esos autores han sido circunscritos al ámbito de lo romántico o costumbrista, todos han sido acotados a una tesis, que es el formar los anales de la nación mexicana.

La inquietud por describir y dibujar las costumbres de los habitantes de la ciudad de México recorrió a todos esos escritores, haya sido o no desde una conciencia nacionalista. Ya en pleno Porfiriato, cuando Obregón tenía veinte años, Altamirano expresaba su idea de nación desde parámetros distintos a los de los modernistas: “en México, al menos como Nación independiente desde 1821 hasta nuestro tiempo, no ha existido esa epopeya popular colectiva”² Al referirse a Guillermo Prieto escribía que “ha cerrado con su libro el ciclo de la poesía puramente lírica en México; y sea que el camino lo lleve [...] cancionero del pueblo, el poeta pindárico de la Libertad [...] y en su vejez, a semejanza de Homero, el cantor de los héroes de su Patria”. González Obregón se inscribe en esa búsqueda por una épica “que reflejara el carácter del pueblo” a la que hizo alusión Altamirano en la presentación de *El romancero nacional* de Guillermo Prieto,³ pero debiéramos apuntar que cuando Altamirano contrasta a la poesía lírica con la poesía pin-

dárica u homérica está inscrito en una percepción de la épica alejada tanto de la objetividad como del presupuesto moderno de que la grafía es producto de la creatividad del escritor.

Haré una ligerísima digresión: la historia urbana ha mostrado que la fisonomía y uso del espacio en la capital novohispana se prolongó hasta, al menos, la segunda mitad del siglo XIX. La historia jurídica ha señalado cómo hasta más allá del Porfiriato siguieron vigentes los principios del derecho grecolatino y legislación castellana; lo mismo se ha dicho sobre las prácticas culturales en la ciudad y sobre los tiempos de la Iglesia, luego entonces ¿no sería pensable suponer que la narrativa empleada por los escritores del siglo XIX se remonta más a las artes liberales (gramática, retórica, historia y filosofía moral) que a los preceptos dados por la ciencia moderna?

La narrativa de González Obregón ronda más los valores morales que dan sustento a la vida social, que el someter a experimentación los procesos sociales. Su épica parece llenarse de contenido en tanto era parte de un modelo literario, retórico, reconocido y avalado por la sociedad. En sus crónicas hallamos la percepción de un hombre que nos habla de la sensibilidad de su época; su autoridad moral se basó en su capacidad para transmitir la mirada colectiva. Una sociedad en la que la mirada, la escucha y la narración oral conformaban y ratificaban el conocimiento; en donde los gestos eran parte importante de la comunicación y en que referentes externos, como las campanas, el rumor o la transmisión verbal, sostenían en buena medida al ámbito público (si es que es posible hablar de éste para el siglo XIX). Esto tam-

² Guillermo Prieto, *El romancero nacional*, introd. de I. M. Altamirano, Of. Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1885, p. VII.

³ Guillermo Prieto, *El romancero nacional*, op. cit., p. VI.

bién lo revelan frases empleadas por González Obregón: “hay cosas viejas que nunca envejecen, porque siempre conservan no sabemos qué de sencillo y original”; “hace muchos años, dice la tradición”; “cuentan las consejas”; “se dice, se cuenta y se comenta”; “muchas veces se ha dicho, con sobrada razón”; “muchos de los que aún viven, presenciaron aquella suntuosa procesión; y asoma el entusiasmo en sus miradas cuando la recuerdan”; “se levantaba todavía no hace muchos años, un edificio de pesada arquitectura, que traía a la mente de las personas”, en fin, los ejemplos, que podrían ser muy numerosos, apuntan a que los criterios para narrar de González Obregón poco tienen que ver con los de la narrativa moderna.

Al iniciar el siglo XX, José María Marroquí expresaba:

México no tendrá una historia milenaria como las más antiguas ciudades del viejo mundo [...] tiene historia y tradiciones interesantes y entretenidas [...] rico caudal de noticias que han de servir para levantar el grande edificio de la Historia Nacional.

Se trataba de rescatar y continuar la tradición, no con el fin de elaborar una historia contrastable, a posteriori, con la realidad. Cuando en sus escritos emplean citas y referencias documentales sirven más para comprobar su pertenencia a un mundo (el participar de una interlocución reconocida por los letrados de la época) que para mostrar la veracidad de sus narraciones: ninguno de ellos tenía como prioridad demostrar objetividad sobre los hechos narrados puesto que su principio de autoridad no era la verificación del pasado.

Por ello, decíamos, se deslizaban entre la literatura y la historia. Eran herederos de una manera de narrar historia en donde el haber sido testigos, escuchado leyendas o recopilado testimonios iba de la mano con la autoridad que tenía su mirada.

Lo anterior lo expresa muy claramente José María Marroquí en *La ciudad de México*:

Trabajando esta obra me quedé muchas veces perplejo pensando si convendría o no citar siempre el documento de donde tomé la noticia [...] resolví citar los libros impresos, periódicos, documentos oficiales y aun manuscritos que se hallan en los archivos públicos, es decir: he citado en general, aquellos documentos que el público tiene a su alcance para comprobar las citas, y he omitido los que no lo están, muchos de los cuales me fueron prestados en confianza, bajo la fe de mi discreción; porque ya son papeles de familia, ya títulos de propiedades, bien autos de pleitos concluidos o en giro, testamentos u otros documentos que los interesados guardan para sí. El criterio para conocer la verdad de las noticias que asiento, puede establecerse de esta suerte: cada una de las personas a quienes consta la prolijidad y eficacia con que procedí en lo suyo creará todo lo que escribo ajeno, formándose de este modo un criterio común favorable a mi obra. El lector que no se halle en estas condiciones, de la verdad de lo público, deducirá la de lo privado; y en todo caso debe estar persuadido de que ni he

inventado los hechos, ni los he desfigurado, antes he preferido callar cuando la prudencia lo ha exigido.

Hoy, ningún historiador, excepto que fuera “conversador, narrador o cronista”, podría optar entre citar o no documentos consultados. El criterio de Marroquí para citar disocia los documentos al alcance de todos de los del mundo privado, alude a la confianza, a la persuasión de que ni inventó ni desfiguró los hechos. Su verdad aparta lo que el público puede confirmar de lo que debe creer. A esta reflexión pertenece González Obregón. Todos ellos hacen evidente que rescatan el pasado apelando a su mirada, su experiencia y su escucha. Sus narraciones en primera persona evocan el relato oral, los recuerdos colectivos y el sentido de sus continuas relecturas. La lectura es guiada, creando un sentido de familiaridad al lector. Las señales dadas por el texto forman parte de la experiencia vivida de sus lectores, tal como lo señala Ricoeur:

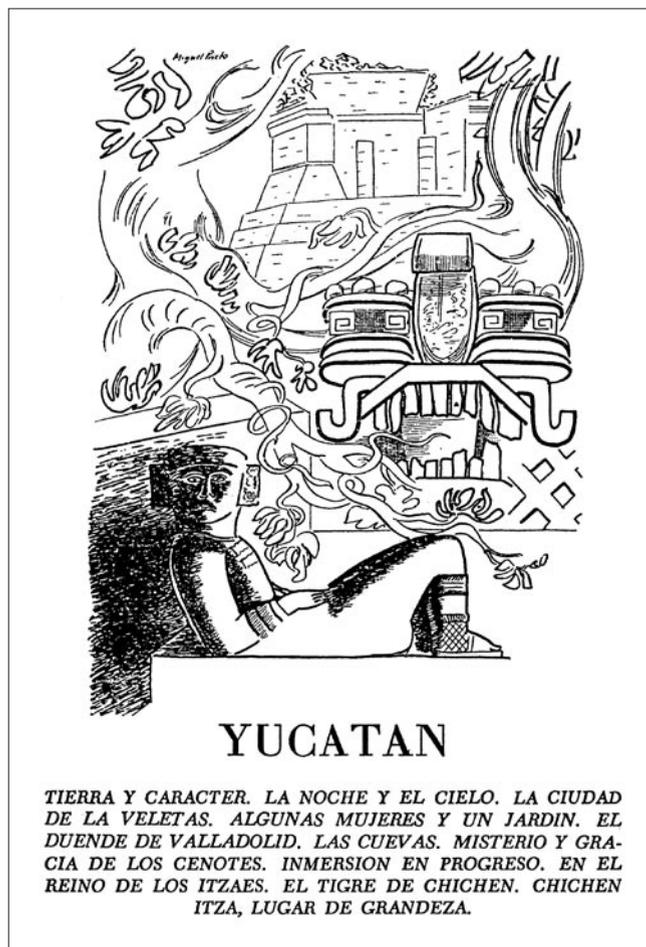
El momento en que la literatura logra su eficacia mayor tal vez sea aquel en el cual pone al lector en la situación de recibir una solución para la que él mismo debe encontrar las preguntas adecuadas, las que constituyen el problema estético y moral planteado por la obra.

Las calles y personajes de González Obregón forman parte de un México desaparecido: el diálogo con el texto transmite un saber en medio de una ciudad en permanente cambio, que exige que se le pregunte, se le responda y se le conserve como un monumento siempre a punto de ser destruido.

De modo que ni el contexto histórico, ni la función social que cumplían, ni los destinatarios a quienes iban dirigidos los textos de esta tradición narrativa son comparables a los de los criterios presentes. Por lo anterior no parece pertinente calificar de ñoña la narrativa de Obregón o de “argumento timorato” las palabras de Valle-Arizpe —quien explicó recurrir a la Nueva España como quehacer literario, por “la inestabilidad y la zozobra del México revolucionario de su juventud” y así escapar “hacia mundos menos arduos”. Asimismo no me parece

pertinente acusar a Emilio Abreu Gómez, como “curándose en salud”, al alegar que su “evasión colonial” había sido indagar en los orígenes de la mexicanidad, como tampoco se pueden menospreciar los escritos de Julio Jiménez Rueda, quien expresó que “la Revolución perturbó el mundo de su infancia”. Y aunque estos autores son posteriores a González Obregón, creo que continuaron con una tradición para explicar a la ciudad, en donde, si no es la humanística renacentista su fuente directa, sí continuaron con un saber proveniente de la experiencia vivida.

Por ello, como se infiere del prólogo de la reedición *De México viejo y De las calles de México*, aquellos cronistas se exentaron de emplear el riguroso aparato de referencias y citas propio de “la historiografía enciclopédica”, pues paralela a ella prevaleció esta “historia viva”, esta tradición que no ha dejado su vitalidad desde hace más de cien años. Sólo resta agradecer a José Joaquín Blanco y a Jorge Olvera el habernos sugerido la posibilidad de reinterpretar la reedición de un clásico y de replantearnos la interacción entre la obra y sus receptores.



YUCATAN

TIERRA Y CARACTER. LA NOCHE Y EL CIELO. LA CIUDAD DE LA VELETAS. ALGUNAS MUJERES Y UN JARDIN. EL DUENDE DE VALLADOLID. LAS CUEVAS. MISTERIO Y GRACIA DE LOS CENOTES. INMERSION EN PROGRESO. EN EL REINO DE LOS ITZAES. EL TIGRE DE CHICHEN. CHICHEN ITZA, LUGAR DE GRANDEZA.